

Sale los dias 10, 20 y 30.

Da mensualmente un figurin, y de tiempo en tiempo un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid.....	4.	} Franco de porte.
Las provinci s....	6.	
Si la suscripcion se hace en Madrid,	5.	



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la libreria estrangera, calle de la Montaña, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

CARLOS II DE NAVARRA. (1).

I.

EL CONDE DE CHAMPAÑA.

Cerca de Aigle, ciudad fuerte de Normandía, se dilata un valle solitario, cuyo silencio perpetuo inspira terror al extranjero, que aunque se aleja temeroso de su soledad, no puede menos cuando ya distante de reposar sus miradas sobre aquel abandonado sepulcro de la naturaleza. Las altísimas copas de los árboles prestan su sombra eterna á aquel desierto parage, en medio del cual, ruinosa y blanquecina torre, resto de algun de-

molido castillo, elevaba su murallada frente por cima de los bosques.

Corria el año de 1553. Era el mes de enero, en un invierno frio. Empezaba la noche del primer sábado del año: segun antiguas leyendas, en tales dias celebran sus espantosos conciliábulos, las brujas y hechiceras. Escúchase lastimeros alaridos: la luna se convierte en sangre al poder de sus májicas é incomprendibles palabras, y el valle de la torre era un sitio al que en ninguna ocasion osára penetrar nadie, mucho menos en la noche de un sábado. Contabase entre los montañeses que una luminosa constelacion se fijaba sobre la torre solitaria, y entre humo y llamas veíase girar un espectro ensangrentado con figura humana. Algun curioso extranjero que observaba el prodijio se habia arriesgado á reconocer al siguiente dia, aunque de lejos, la encantada torre, y quedaba absorto al contemplar sin lesio-

(1) Con motivo de este suceso empezó á ser llamado en Navarra Carlos el Malo, cuyo dictado ha conservado despues: en Francia se conoce por Carlos el Calvo.

sus amarillentas piedras, y la húmeda yerba que la escarcha hacia resplandecer en lo alto como hilos de plata.

Fácilmente se adivinará que no era un prodigio lo que aterraba á los montañeses, sino el resultado de operaciones químicas, el humo y las llamas que se veían, ni un espectro, un astrólogo; pues tal era el que allí ejercía sus conjuros.

Dos bultos atravesaban el tortuoso sendero del bosque: eran dos embozados caballeros, según se distinguía al débil reflejo de una linterna que llevaba el primero. Su llama oscilante parecía una estrella, y tan pronto reflejaba en el tronco de un árbol, como en la hoja del puñal de su conductor. El cielo estaba encapotado y nebuloso; las montañas y las nubes se confundían con las tinieblas: apenas bastaba aquel rayo moribundo á vencer las sombras de la oscurísima noche. Nueve campanadas resonaron en lo profundo del valle.

—Ya está bien entrada la noche, prorumpió una voz medrosa... Esta es la hora... volvamos por San Dionis.... No veis cuánta fantasma se desliza entre los troncos?... Monseñor, volvamos. Un grito pavoroso terminó sus palabras; causó su espanto el ruido que hizo la formidable tizona del gentil caballero que le precedía al romper los entrelazados ramajes que imposibilitaban su marcha.—Tranquilízate, Cristiani, le respondió acabando de separar con su acero las puntas de las ramas) estamos en el valle; aquí puedes esperarme descansando. Llegó entonces el tímido escudero, y al acercarse iluminó la faz de su señor. Era interesante y lánguida; mas los pesares ó las pasiones, cuya terrible huella se confunde, habían marcado en su frente el sello de la desgra-

cia: parecía aun jóven y bien dispuesto; por su traje juzgárase un normando acomodado.

—Con que estais resuelto?—No puedo vivir con tan penosa incertidumbre.—Y os fiareis del mago?—Es otro hombre como cualquiera de nosotros.—Con la ciencia de Satanás.—Estas palabras turbaron el rostro del caballero que se apoyó en su espada pensativo.—Ademas, qué idea es la vuestra? qué os puede decir ese astrólogo?—Mi destino.—Y vos se lo preguntais? una suerte feliz, envidiable, la de un potentado; quién podrá cambiar la fortuna del gran condestable de Francia? (1).—Cualquier villano.—Inmensos vasallos contais en vuestros dominios; por sus pechos deben penetrar primero las lanzas enemigas.—Cristiani, hay tambien venenos.—De un ardiz que puede libraros? Monseñor.—La ciencia; y de ella quiero aconsejarme: si marca sangre el horoscopo de mi vida, me dispondré á morir. No duele tanto la muerte que se espera.

La voz con que pronunció estas palabras era sombría y lúgubre. Embozose en la ancha capa y desapareció... su movimiento debió introducir algun golpe de viento, que hizo vacilar la llama, y la apagó. Cristiani quedó absorto. El mundo era un caos confuso á sus miradas: se resignó á su suerte, decidido á esperar al conde; y estendiendo su capa sobre la fria yerba se recostó, no sin examinar primero si estaba bien aguzada la punta de su puñal.

(1) Entonces esta dignidad era la principal del imperio; una segunda soberanía.

II.

LA TORRE DEL ASTRÓLOGO.

A cada paso que adelantaba el conde creía tropezar con las paredes, y alargaba su espada para evitar el encuentro contra la muralla de la torre. Su terror se aumentaba con la proximidad del peligro; y á cada momento el huracan, que recrujía entre las rotas troneras de que estaba cercado, semejaba el rompimiento del edificio sobre él. Sus ojos nada veían sino una masa negra, una montaña oscura. Llegó á ella, y en vano giraba en su rededor; ninguna abertura por entrada; á cada paso tropezaba en los escombros derruidos, apoyando sus manos en las húmedas piedras, y separándolas aterrado al sentir el roce de algun escamoso lagarto que huía de sus rendijas. Parábase otras veces desfallecido, y al ruido que formaban sus armas contra el muro respondía el agudo frotar de las crujientes alas con que hendía los aires en sesgo vuelo el ave solitaria, y posándose mas distante lanzaba un chillido pavoroso.

Desesperanzaba el caballero de encontrar el retiro del astrólogo, cuando percibió una voz sorda que parecia entonar un rezo misterioso: guiado por ella, y caminando á la ventura observó un punto oscuro y profundo; era la entrada; sus pasos resonaban huecos, y la atmósfera era mas bochornosa. Habia penetrado en el castillo, y la punta de su espada que tocaba en las estrechas paredes le hicieron creer átravesaba un pasadizo estrecho. Con un movimiento involuntario se apoyó á un ángulo de la pared: sintió que cedía al peso de su cuerpo: confuso resplandor le deslumbra, y el rechinar de una puerta le hace ver que se halla como por eucanto en la habitacion del sábio.

Una bata de paño encarnado forrada de negras pieles envolvía los enjutos miembros del viejo extraordinario. Débil sonrisa que mas bien parecia un gesto de dolor entreabía sus trémulos y amordados labios, contrastando con la palidez de su yerta fisonomía. Sus ojos pequeños se hundían en sus cóncavas mejillas, y, aunque escondidos bajo sus cejas blancas y cerdosas, despedían una luz fosfórica mas siniestra y brillante que la del hornillo que chispeaba á su lado, y al cual aplicaba un tubo amarillento de cristal. Vasijas, globos, compases, aparecían en desórden sobre una gran mesa, en la cual se veía abierto un enorme in folio hebraico. Los negros rótulos resaltaban en las paredes con citas griegas y signos alegóricos: dos sillas sostenían un mapa astrológico, por el que paseaba sus ojos el adivino, repitiendo palabras del conjuro; y fijando despues sus centellantes miradas en los rojizos granos que se filtraban en un gran reloj de arena; luego apoyaba su barba puntiaguda como el pico de un cuervo sobre su pecho, y meneando el májico hornillo volvía á repetir sus palabras incomprendibles. El conde estático, apoyado sobre su acero, hermoso, interesante: el viejo flaco, trasparente, horrible, encorvado en su diabólica operacion, y aquel conjunto ideal y fantástico, ya bosquejado por una pardusca nube de humo que enturbiaba la estancia, ya claro y visible porque el viento la despejaba, hubiera ofrecido un romántico paisaje por su colorido misterioso y fuerte al sombrío Rembrandt.

La operacion concluye: despide un olor punzante y sulfúrico la blanca humarada del gas que chisporroteando en las brasas, las dejó muertas y sin lumbré en un segundo. Recogió el astrolo

el mapa, encendió una lámpara y ocupando una de las sillas, y señalándole otra con su dedo descarnado, dijo con voz grave... «Acercaos D. Carlos de la Cerda... Aquí teneis asiento.» Hirió al joven como un rayo la voz agria y mal sonante del astrólogo, pero imposible era resistir á su mandato, y tomó asiento.—Os esperaba, señor conde.—¿Sería posible? —Toda la noche me he ocupado de vos. Los arcanos del porvenir se han manifestado visibles á mi alta ciencia... ¿Venís á preguntarme vuestro destino? «Por toda respuesta alargó el joven dos bolsas de oro que recogió el viejo doblándose su débil muñeca al peso de las doblas.» —Una mala noticia, prosiguió con diabólica alegría, debe pagarse mejor que una nueva de felicidad.—Volvió á pesar las bolsas y reposadamente dejolas caer en las anchas aberturas de su bata. —Cómo! deberé esperar alguna desgracia? —No os inmuteis, buen conde, allí (y señalaba á las nubes, por la boca de una baja trótera) allí está escrito, aquí debe cumplirse. La ciencia no alcanza á variar el destino, y el vuestro se cumplirá.—Mi destino, ¡ah! —Olvidad lo que habeis sido; noble, caballero, favorito de D. Juan II: su condestable... Pensad en lo que sereis; lo que todos, un tronco de podredumbre; un compuesto de miseria que se reducirá á cenizas; polvo que se disipará como el que aquí veis... Esto vais á ser.» Dió entonces el astrólogo un soplo á las cenizas del hornillo que en átomos se deshicieron... El conde estaba yerto; el astrólogo inspirado. —«Y este momento fatal está cercano?—Hoy sábado: mañana cumplireis 36 años; corta edad es, pero no llegareis á mas. Un domingo nacisteis.—Mi horoscopo marcaba sangre, gritó desesperado el de la Cerda.—Un domingo morireis.—Mañana,

embustero» así dijo, y quiso arremeter furioso con el viejo que caminaba ya con paso grave hácia la puerta; parecia un fantasma ensangrentado al opaco resplandor de la pálida lámpara que bañaba su cara de ave voraz. El conde dejó caer su puñal que le hirió en el pie, y profirió un quejido; el mago se alejaba; la luz moría; el frío de la noche heló el sudor que empañaba la frente del conde. Al despertar de su letargo se halla en los brazos de Cristiani, y entre gran número de soldados con hachas... «Va á amanecer, le dijo el escudero fiel; creí no volveros á ver nunca, y cansado de esperar corrí á buscar vuestros vasallos y os hemos encontrado junto á la puerta de la torre» Nada responde el afligido caballero: diríjese á su castillo, y aunque quisiera distraerse como de un sueño mortal, estan en su corazón grabadas las palabras del adivino que le anuncia la muerte, segun su saber en la judiciaria.

(Se continuará.)

Ana de Austria.

Reina de Francia, mujer de Luis XIII.

La fisonomía histórica de esta princesa varia mucho, segun son los pintores que han retratado su imagen. Tres hombres influyeron poderosamente en su destino, Luis XIII, Richelieu, y Mazarini. Los diversos sentimientos que les inspiró fueron igualmente funestos á su felicidad y á su gloria. El rey su esposo no la amó bastante, y los dos ministros la amaron demasiado, si hemos de creer la opinion general. El primero, en pago de su pasion que rayaba en locura, solo recibió

desprecios y burlas, de que se vengó usando de medios atroces: el precio de la inclinacion del segundo fué una ciega confianza en él, de la que abusó cometiendo faltas.

Graves acusaciones han caído sobre la cabeza de la hija de Felipe III: quizá deban referirse todas á las causas que acabamos de indicar. Solo la violenta venganza de Richelieu pudo confundir á la reina entre los cómplices de Chalais. A la imputacion que se le hacia de haber querido destronar á Luis XIII y unirse en seguida á su hermano Gaston de Orleans, respondió Ana con estas palabras victoriosas: «Hubiera ganado poco en el cambio.»

Respecto á las sospechas de galantería, demasiado justificadas estaban por la admirable frialdad del Rey, la belleza de la Reina, y el número de sus adoradores. Por espacio de veinte y tres años esperó en vano la Francia el nacimiento de un príncipe, siendo preciso que interviniera, bien la casualidad, bien el consejo de una querida, para que volviese el monarca al lecho conyugal. Las crónicas de aquel tiempo están llenas de conjeturas acerca del nacimiento de este príncipe, precedido, aseguran, del de otro niño de sangre menos noble, en quien se creía reconocer á el *Hombre de la máscara de hierro*.

Si los favores de la reina hicieron algunos dichosos, hicieron sus desdenes mayor número de descontentos, y en este número se puede colocar al famoso cardenal de Retz, cuyo amor propio ofendido aparece á cada página de sus memorias. La reina, dice, tenía, cual ninguna otra persona, cierto ingenio, lo bastante para no parecer tonta á los que no la conocían. Tenía mas a-peceza que orgullo, mas orgullo que grandeza, mas apariencia que

fondo, mas apego al dinero que liberalidad, mas liberalidad que interés, mas interés que desinterés, mas afecto que pasión, mas dureza que arrogancia, mas memoria de las injurias, que de los favores, mas intencion de piedad que piedad, mas obstinacion que firmeza, y mas incapacidad que todo lo que va dicho.» A este retrato, célebre por el mal gusto y profusion de sus antitesis, está en oposicion el juicio ventajoso, que traen unas memorias publicadas no hace mucho tiempo en Paris, acerca del talento y elevacion de alma, de que estaba dotada la madre de Luis XIV. Citase un dicho muy notable de esta princesa; tratando Mazarini de penetrar sus intenciones respecto al amor del jóven Luis por la señorita de Mancini sobrina suya, le manifestaba sus temores de que quisiese á todo trance casarse con ella; y Ana de Austria le respondió vivamente: «Si fuera el rey capaz de consentir semejante bajeza, me pondría yo con mi hijo segundo á la cabeza de toda la nacion contra el rey y contra vos.

Ana de Austria, que fundó iglesias y hospitales, era aficionada en extremo á los espectáculos y diversiones, tanto, que concurría á ellos llevando aun luto por el Rey su esposo, y se ocultaba detrás de una de sus damas.

Tenia un gusto muy delicado en la ropa que usaba, y en la compostura de sus adornos: así es que le decía Mazarini: «Señora, si fueseis condenada, vuestro infierno sería tener que acostaros entre sábanas de Holanda.» Gustaba de las flores, y no podía sufrir la vista de las rosas, ni aun en pintura. Murió de un cáncer, á la edad de 64 años, el 20 de enero de 1666.

MODAS.

PARÍS 11 de junio.

En realidad, lo que es al presente, las variedades mas picantes de la moda, sus mas lindos caprichos, sus fantasías, sus utilidades, sus creaciones las mas graves como las mas frívolas, todos los elementos en fin de esta coqueta deidad inmensa é inagotable, se fijan en los chales ó pañuelos. En otro tiempo bastaba decir á principio de verano: «Necesito un chal;» mas ahora es indispensable decir: «Me hacen falta seis ú ocho chales.» Solo de muselina se puede tener un ciento; ya sencillos, ya forrados; unos bordados, otros lisos; con una ancha guarnicion de blonda, ó con tres ordenes de ellas separadas por un bordado tejido en la misma tela.

Crece tambien la boga del tisú como tela para chales, á la par que el casimir. Estos, bordados de colores, y con perlas, son de un efecto admirable y han obtenido un gran éxito entre las primeras elegantes. Los de crespon de la India se mantienen todavía, siempre que les adorne un rico bordado; enteramente sencillos han dejado de ser moda, y aun de buen tono. Tambien se les adorna con anchas, y magníficas franjas de colores, de seda ó lana. Todo esto no es mas que un medio feliz de prolongar ó retardar los ultimos momentos de los chales de crespon. Con las telas que acabamos de citar compite otra enteramente nueva, una especie de casimir tan fino como la muselina, á el que han dado el nombre de chal *teheran* y tiene siete cuartas de grande, variado de todos colores. Nada es mas conforme á la moda, á la estacion, y al buen gusto, que esta bellísima produccion.

Los sombreros muy pequeños han sido

condenados por la moda; es preciso un término medio, mas gracioso aun que todas las exajeraciones. El adorno de un velo lijero está muy en boga. Las cintas de terciopelo en los de paja, moda que parecia abandonada, vuelven otra vez, y las llevan todas las elegantes de distincion.

Ya que nuestro corresponsal concluye hablando de sombreros, no podemos menos de recomendar á nuestras elegantes los que hemos visto en la Carrera de san Geronimo, n.º 5, cuarto principal (1) sombreros de nueva invencion que acaban de recibirse de Francia, de tejido inglés imitando al tul, adornados de flores, y lazos de paja natural. Nada mas bello y lindo que uno de estos sombreros, sumamente lijeros, y de un trabajo esmerado, con la superior ventaja de sentar bien á todos los rostros, sea la que fuere la tinta de su color.

Aconsejamos á nuestras elegantes no descuiden el tiempo en proporcionarse este bello adorno femenino, pues es corto su surtido.

Halláanse tambien en dicho establecimiento, entre otros artículos de moda, pañuelos de punto de malla, gala sumamente graciosa, que deja percibir á su través un lindo talle, y tan aérea y sutil como la estacion lo requiere.

ESPLICACION DEL FIGURIN. Sombrero de paja de arroz adornado de crespon azul. Vestido de muselina, y chal de lo mismo forrado de seda color de caña. Sombrilla de resorte.

(1) Fábrica de abanicos,



HEMEROTEC. MUNICIPAL

MADRID

LA MARIPOSA

Periodico de Literatura y Modas.

Libreria extranjera, calle de la Abouera.
Ayuntamiento de Madrid

LA PUERTA DE ORO

ARCO DE TRAJANO.

Este bello monumento, construido de marmol de Paros, y perfectamente conservado, tiene cuarenta y ocho pies de altura. El sobrenombre de Puerta de Oro que se le dá viene quizá desde los mismos romanos. De todos modos no admite duda que era ya popular al principio de la edad media: y se le denomina así en un acto de donacion religiosa, año de 774.

Para dar una esplicacion de este rico sobrenombre han supuesto algunos, que los adornos del arco fueron dorados en un principio: otros, que la inscripcion, que parece hoy ha sido grabada en hueco, fué por el contrario de realce, y las letras de oro: otros en fin, opinan que solamente se ha querido indicar con estas palabras la magnificencia y el mérito incomparable de arte del edificio.

Se cree que el arquitecto que dirigió la obra fué Apolodoro, á quien confió Trajano la ejecucion del plano del foro, que lleva el nombre de este emperador. Este célebre artista fué desterrado de Roma, y en seguida condenado á muerte, dícese, por Adriano. Dion Casio cuenta que, estando un dia conferenciando juntos Trajano y Apolodoro sobre el plano de un monumento se llegó aturdidamente Adriano á dar su parecer. El arquitecto lleno de impaciencia le interrumpió con viveza, suplicándole les dejara: «Id, le dijo, á pintar calabazas, que nada entendeis de arquitectura.» Guardó Adriano largo tiempo el resentimiento de esta injuria, y, según Dion, se vengó cruelmente cuando subió al imperio.

El arco de Trajano sirve hoy de puerta á la ciudad de Benevento, llamada en lo antiguo *Malventum*. La arquitectura es del orden compuesto. Las columnas se apoyan en un pedestal comun: su base es ática y de muy bellas proporciones; toda la parte superior está bien delineada, y es de bonitos contornos. Serlio observa, que el arquitrabe, el friso y la cornisa guardan la mas perfecta regularidad entre sí, y son admirablemente proporcionados á la masa total del edificio.

El friso está adornado como el arco de Tito en Roma, al que se parece bajo todos aspectos, de figuras alusivas al triunfo. Los entrepaños de los intercolumnios están divididos con mucho gusto en bajos relieves separados por frisos pequeños. En el medio del arímeto está colocada la inscripcion, y en los fondos hay bajos relieves por el mismo estilo que los del arco de Constantino en Roma. Representan varias acciones de la vida del emperador Trajano, y no ceden en nada á los de Roma por la belleza con que estan ordenados, la grandiosidad del estilo, y la valentía de la ejecucion. Sin embargo, este monumento es poco conocido de los viajeros, en razon á no hallarse en el camino que siguen generalmente.

He aqui el testo de la inscripcion que se lee en el ático:

Imperatori Cæsari divi Nervæ filio
Nervæ Trajano optimo, Augusto
Germanico, Dacico, pontifici maximo, (ex) tribunicia
Potestate XIX, imperatori VII, consuli VII,
patri patriæ,
Fortissimo principi, Senatus Populusque Romanus.

«El Senado y el pueblo romano al emperador César Nerva Trajano el grande, Augusto, el Germánico, Dacico, gran pontifice, ejer-

ciendo la potestad tribunicia por la décima novena vez, emperador siete veces, cónsul por séptima vez, padre de la patria, príncipe valeroso, hijo del divino Nerva."

Testamento

DE CARLOS II REY DE ESPAÑA.

Este testamento fué una manzana de discordia, que pudo acarrear la ruina de ambas monarquías española y francesa. Bien conocidos son los motivos que determinaron á Carlos II á legar su corona á la casa de Francia, en perjuicio de la de Austria: así, solo nos limitaremos á contar una anécdota que refiere el conde de San Simon.—El duque de Abrantes, al salir de la sala en que habia asistido á la apertura del famoso testamento, viéndose rodeado y apremiado de todos los personajes que allí estaban, quiso divertirse un rato al anunciar la eleccion de sucesor. Llegase á él Blecourt, embajador de Luis XIV, el duque le mira fijamente, y vuelve despues la cabeza. Esta accion sorprendió á Blecourt y pareció ser de mal agüero para la Francia. De repente el duque, haciendo como que no habia visto al conde de Hazcourt, embajador del imperio, se acercó á él, y dándole un abrazo le dijo: *con qué satisfacción...* y despues de una pausa, seguida de un nuevo abrazo, prosiguió: *con mucha alegría y mayor contento me separo de vos, y doy mi despedida á la casa de Austria.* No podia publicarse de un modo mas bufon el advenimiento de Felipe V al trono de España.

Máximas.

Mira bien tu interior: hay en él un manantial que siempre que quieras brotará.

MARCO AURELIO.

La belleza no es verdaderamente irresistible sino cuando nos esplica alguna cosa menos pasajera que ella, cuando nos hace sentir lo que forma el encanto de la vida en un término mas estable que el momento fugitivo en que somos seducidos por ella: es necesario que el alma la vuelva á encontrar, cuando la hayan percibido bastante los sentidos. El alma no se cansa jamas; cuanto mas admira, mas se exalta.

MADAMA DE KRUDNER.

Tanto del malvado, como del perro ingrato, es mas temible el silencio que su voz.

Velad porque la pereza del alma es precursora de la muerte.

Estad persuadidos que vuestros únicos tesoros residen en vuestro corazon.

DEMOPHILO, FILOSOFO PITAGORICO.

La falsa felicidad hace á los hombres duros y soberbios, y no se comunica á nadie: la verdadera felicidad los hace dulces y sensibles, y todos participan de ella.

MONTESQUIEU.

La ingratitud de nuestros hijos ¿no es como si la boca mordiese la mano que le lleva alimento?

SHAKSPEARE.

ALBUM.

PILA BAPTISMAL. Ya se ha concluido, y se halla colocada en la iglesia de *Notre Dame* de Paris, la pila en que debe ser bautizado el conde de Paris (nieto de Luis Felipe, hijo del duque de Orleans.) Este precioso objeto de arte recuerda, por la elegancia y carácter de sus adornos, el estilo gótico florido, que precedió al del renacimiento. El escultor ha tallado en una sola piedra la pila, los arcos ojivos, las numerosas figuras, y el caprichoso follaje que forman el conjunto de este monumento.

ESPERIENCIAS SOBRE LAS CUALIDADES DEL CORCHO. Las que se han hecho últimamente en Inglaterra han dado los resultados mas ventajosos. No solo los colchones, almohadas, asientos, &c, hechos con esta materia reducida á polvo, han ofrecido toda la elasticidad y blandura de la cerda y de la lana, sino que se ha reconocido que uno de estos colchones, de peso de veinte y cinco libras solamente, podia sostener sobre el agua el de siete hombres.

MADRID: IMPRENTA DE D. F. MELLADO.